

HIJAS DE UN SUEÑO

Gerardo Rodríguez Salas

HIJAS DE UN SUEÑO

Prólogo de
Ángeles Mora



{COLECCIÓN **ETCÉTERA**}

Primera edición, noviembre 2017

© Gerardo Rodríguez Salas, 2017

© Esdrújula Ediciones, 2017

© Ángeles Mora, por el prólogo

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Foto de solapa: Fernando Agustín Medina Molina

Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1486-2017

ISBN : 978-84-17042-52-3

Impreso en España · Printed in Spain

A mi abuela Trini

Prólogo

por Ángeles Mora

Cuando la abuela nació el mundo empezó a morir.

GERARDO RODRÍGUEZ SALAS

La vida es como un telar que va tejiendo historias, nos dice, en el primero de ellos, el narrador de estos doce relatos, de singular penetración y originalidad. Son doce historias, de diferente estilo, que nos sumergen en mundos sorprendentes, mundos cotidianos, que están dentro del discurrir de cada día, y mundos mágicos, por así decirlo, que nos llevan a un universo onírico, pero todos, en el fondo, enraizados en la vida. Nuestra vida, que está llena de historias, dentro y fuera de nuestro entorno.

Leyendo estos relatos, escritos con la minuciosidad de quien indaga en lo más profundo de nuestro ser y de nuestra sociedad, me he preguntado a veces por el *hacer* literario, la construcción del relato de nuestra vida. Me he preguntado si la vida teje estas historias o si estas historias crean la vida. Y, claro, no tengo otra respuesta que aceptar las dos posibilidades. La vida crea la literatura y la literatura crea y de alguna manera modifica la vida. Puesto que las reflexiones que un buen relato se hace y nos hace modifican sin duda nuestra percepción de las cosas y nos llevan a otra realidad,

que tiene que ver con nosotros, pero que es nueva y trae nueva luz.

Gerardo Rodríguez Salas irrumpe en el mundo literario, o más bien en el de la publicación, pues sin duda la madurez de estos relatos indica que hay mucho trabajo anterior que *no ha visto la luz* (por decirlo así, un poco tópicamente); irrumpe, digo, con fuerza, para añadir un nuevo nombre a la nómina de escritores en nuestro país y nos invita a sumergirnos en estos doce relatos sin prejuicios, dejándonos llevar de su mano por universos diferentes cada uno, pero unidos por una voz, una manera de acercarse a la compleja realidad de nuestra vida.

Vienen aderezados o encabezados estos relatos por citas literarias de escritores y escritoras, como referencias que nos acercan no solo a los textos, sino también al ámbito literario del autor. Y sin duda encontramos en la intención del mismo, de Gerardo Rodríguez Salas, un particular empeño en abrir en cada historia una especie de cortinilla que nos asoma al espacio recreado para dejarnos ver y escuchar las voces sencillas de la gente corriente, para recuperar el lenguaje popular, el lenguaje rural y los sucesos cotidianos, atravesados muchas veces por una especie de realismo mágico o surrealismo que deja al descubierto el corazón oscuro de la humanidad. La vida es dura, trágica, parece decirnos el autor, pero a veces es también entrañable, dulce y amarga a un tiempo.

El primer relato, relato principal y uno de los más extensos y ambiciosos, que da tono al resto de las diferentes historias, es una especie de autobiografía ficcional, titulado «Hijas de un sueño», que también da título al libro. El autor se inventa un pueblo: Candiles, un espacio literario, y también una historia

familiar, en la que las mujeres cobran todo el protagonismo. El relato comienza alrededor de la abuela, es decir, de los momentos finales, de la muerte de la abuela. Alrededor de su cama aparecen las hijas, que van contando y recreando esa historia familiar, salteada de anécdotas curiosas, trágicas o divertidas. Pero lo más singular es cómo el autor recupera el lenguaje popular, dentro de una corriente neo-ruralista, utilizando el modo de hablar, el dialecto de los pueblos andaluces, que aparece en los diálogos con toda naturalidad, espontaneidad y capacidad de evocación, en tono, como decimos, autobiográfico.

De pronto, el segundo relato da un salto espectacular y, utilizando un lenguaje poético depurado y surrealista, nos lleva al Lorca de *Poeta en Nueva York*, entrando en diálogo con ese oscurantismo lorquiano y combinando su tragedia con la caída de las Torres Gemelas y la propia tragedia de los protagonistas de la historia de este relato titulado lorquianamente «No duerme nadie». Un surrealismo que provoca en el lector un extrañamiento (¿algo brechtiano?) y pone distancia al tono utilizado en el primer relato y en general en el resto del libro. Aunque otro de los relatos, «Retales», nos acerque de nuevo a Lorca, pero al otro Lorca, populista, de «Doña Rosita la soltera», que ya entronca más con el resto del libro.

Hay que destacar en estos relatos el protagonismo de las mujeres o de los personajes que tradicionalmente han sido discriminados en nuestra sociedad (homosexuales, travestis, «santos» o curanderos, a los que la gente sencilla acude, en los que cree). Protagonistas que nos llevan a historias fuertes, cuestiones de género, lenguajes y ambientes marginales: sobre todo en cuentos como «Babel», impresionante, duro. O historias fantásticas, de aquí o del otro lado del tiempo, literarias, deján-

donos belleza e incertidumbre. Todo vale, cuando lo que se quiere, también, es hacernos dudar de una realidad que no sabemos dónde acaba ni donde empieza el sueño o la literatura. Como ocurre cuando leemos el relato «A la vuelta de los sueños» («El sueño no soy yo a este lado; eres tú en el tuyo»). Entre magia y realidad («La lámpara») nos llevan de la mano muchos de estos relatos de mujeres, hacia un mundo mitad de luz, mitad de sombra. Hasta llegar, finalmente, a «Doce mariposas», de nuevo una historia mágico-trágica, localizada en tiempos lejanos, cuando aún existía la inquisición, que abunda en la marginación de las mujeres y en esa rebelión soterrada y valiente, que siempre ha existido y que las ha llevado a situaciones y momentos absolutamente trágicos y también de alguna manera absolutamente sublimados por la leyenda.

Invito al lector a que se atreva a cruzar la puerta que nos abre un mundo que no tiene límites: el espacio de la imaginación y el conocimiento, el espacio tantas veces enigmático y seductor de la literatura.

Hijas de un sueño

*En aquel laberinto de luces de tu mente,
fui la invitada que se quedó a cenar.*

ÁNGELES MORA

Hijas de un sueño

*Si las verdades dijeran la verdad
mentirían.*

ÁNGELES MORA

I

Cuando la abuela nació el mundo empezó a morir.

La niebla del ayer tiñó su pelo de blanco y los ojos se enredaron en las zarzas del pasado.

El atardecer voló hacia su ventana lamiendo las violetas del alféizar, que respiraron por fin tras un largo día de bochorno. Desde la cama eterna, la abuela giró su rostro empapado, tal vez para guardar ese recuerdo antes de partir.

—Mama, deja de mirar la ventana y come una mititilla —le riñó sor Vicenta.

Su madre era ya una sombra y las hermanas se habían acostumbrado al deterioro. Sor Vicenta la destapó con delicadeza mientras el ventilador desprendía un aire fresco que hacía el dormitorio más habitable. Sus ojos se clavaron en las piernas momificadas de la abuela, que el camisón añil subido hasta la cintura había dejado al descubierto.

—Mi mama tiene unas piernas preciosas que ya quisiera yo pa mí —pensó sor Vicenta—. Tan blancas y tan lisas. ¿Se echará leche de burra? Porque mira que yo me pongo toas las cremas que pillo y hasta aceite del bueno, pero na, las tengo llenas de varices.

Se levantó la falda hasta las rodillas y examinó sus piernas refunfuñando.

—Las tuyas serán más bonicas, no digo yo que no, pero las mías, quitando esas venillas, son piernas de bailarina.

Por un instante cerró los párpados y, al abrirlos, se topó con el fantasma de su madre: el pelo blanco aplastado contra la almohada, la piel transparente bajo la luz del ocaso, lunares y verrugas devorándola sin piedad, brazos y piernas esqueléticos propios del dibujo simplón de un niño, dientes saltones y amarillos tallando en su rostro una sonrisa dolorida, y esos ojos autoritarios ahora entornados, plácidos, lejanos.

Sor Vicenta se fijó en el cuadro de la Reina de los Cielos. Cuántas veces le había pedido su mama que la curara y, en los últimos tiempos, que se la llevara de una vez al otro mundo. Desde su cama veía a la Virgen a través del espejo y se sentía protegida.

—¡Viva la Reina de los Cielos!

Sor Vicenta se estremeció al recordar los gritos de su madre en la procesión de Candiles, cuando el trono de la Virgen bailaba frente al balcón con un fervor que dejaba al mundo en silencio.

—Venga, mama, abre la boca. Come algo, chiquilla.

Rellenó la jeringa de gelatina y se la puso con dulzura entre los labios agrietados. La anciana miraba con ojos vacíos.

El líquido resbaló por la comisura y sor Vicenta notó que el pulso le temblaba.

—Mama, por favor, traga, ¡traga!

Reme llevaba un rato observando tras la puerta y entró de un salto.

—¡Vicenta, apártate y déjame que le dé yo!

—¡Ay, niña, qué repullo me has dao! —exclamó desenredando el nudo de su garganta— No hace falta que...

Pero Reme no dejó que terminara la frase.

—¡Apártate ahora mismo que yo soy la que entiende a mama!

Sor Vicenta, que estaba recostada junto a la abuela, se levantó sin chistar y le cedió el sitio a su hermana.

—Mama, mírame —dijo Reme con ternura—. Tienes que comer, ¿me oyes? ¡Anda! Hazlo por mí, bonita.

A pesar de su temperamento, la abuela siempre cedía con la hija menor porque era su ojito derecho. Reme cogió una cucharada de natillas y la introdujo en la boca de su madre, pero el mejunje se deslizó por la barbilla hasta caer como un pegote en el babero. Repitió la operación y, aunque las natillas se escurrían sin tregua, la abuela iba tragando algo y su hija parecía satisfecha. Al terminar, miró a su hermana con disimulo y cara descompuesta.

—Mama, cierra los ojos y descansa un ratico que hoy te has portao como una campeona. Estoy mu orgullosa de ti, que lo sepas.

Le acarició la mejilla y se levantó de la cama.

—¿Dónde está la Matilde? —preguntó en voz baja.

—Hace un rato estaba a ca la María, que le ha dao calabacines pa que nos hagamos una cremica esta noche —y los sacó de un cubo para enseñárselos—. No me digas tú a mí que no

es detallosa. La Matilde hace ya rato que ha vuelto y está en el cuarto baño, la mu jilona. Se ha ío de vareta con la calor y ya sabes tú que ella no puede con estas cosas. No la veo yo con gábilos de limpiar a mama. Como no es tiquismiquis...

—Déjala a la pobre, que lleva unos días tocá del corazón y tiene la tensión por los cielos —respondió Reme con firmeza—. La veo yo mu torpe últimamente, ¿sabes, Vicenta?

Sin más dilación, las hermanas comenzaron el rito de los fines de semana. Reme arreglaba a su madre casi todos los días, pero el viernes se encargaba sor Vicenta, que llegaba religiosamente en autobús y regresaba a Sevilla el lunes por la mañana. A pesar de sus setenta años y achaques en las piernas, buena voluntad no le faltaba. Hacía más falta que nunca y debía ayudar a la niña, que ya bastante cargo tenía. Matilde estaba más sorda que una tapia y, claro, ¿cómo iban a dejarla sola para que le pasara algo a mama y siguiera roncando tan pancha?

Las dos asearon a la abuela con un barreño y le cambiaron el camisón. Mientras Reme limpiaba sus dientes con algodones mojados, se escucharon unos pasos achacosos que trajeron a Matilde. El color de su cara era famoso en Candiles, pero se había apagado. De su mano colgaba un rosario y, aunque le había echado la cruz a la Iglesia, ella acompañaba a la abuela cada noche con sus rezos. Al llegar a la cama, besó a su madre en la frente y le puso el rosario en la mano helada.

La habitación olía a muerte.

—Matilde —la llamó sor Vicenta buscándole la boca—, has echao lejía en la lavadora y están los trapos descoloríos. ¡Menúo pifostio! Encima has tendío la ropa sin pinzas y está to en tenguerengue.

—Mira, Vicenta, déjame en paz que no estoy en paraje de aguantar tus tonterías. Estás siempre poniéndole faltas a to lo que hago. Que yo no he lavado con lejía, ¿me oyes? Ni que fuera tonta...

—No sé qué te diga, más que un cebollazo. Está to pa echarle un guiño. Si es que vas como las locas.

—Te creerás que por tener carrera eres más lista que nadie. ¡Digo! Encima que he puesto la lavadora...

—Con ese melón se llenó el serón.

—¡Dejar de pelearos como chotas! —intervino Reme con una frase que ya era parte del legado familiar— Vicenta, parece mentira que estés con tus folletás tal y como está el patio. Desde luego, eres lo mismítico que tu papa.

—Bueno, niña, tampoco es eso. Le estoy regañando pa que aprenda a hacer las cosas de una vez.

—¿Ya estamos? —gruñó Matilde— Mama te tenía que haber puesto Doña Sargenta porque estás tol santo día mandando, que si Matilde por aquí, que si Matilde por allí. ¡Qué jartera!

Sor Vicenta pretendía alargar la regañina, pero Reme le lanzó la mirada de Bernarda Alba. La habitación se quedó en silencio, solo interrumpido por el zumbido del ventilador, y las tres se sentaron junto a su madre, como si quisieran retenerla del viaje. El aire viciado desprendía un olor extraño al que ya se habían acostumbrado. Sor Vicenta sacó el aparato de la tensión del taburete de cuero y se lo puso a su madre. El corazón de la monja se aceleró y su rostro, de por sí blanco como la porcelana, palideció al instante. Antes de abrir el pico, repitió la operación, pero las demás ya sabían que algo no iba bien. Dislocada, la tensión estaba dislocada. Sor Vicenta sintió

que también enloquecía y miró fijamente a sus hermanas, que le devolvieron la mirada sin cruzar una palabra.

II

¡Ay, madre! Cuánto tiempo sin ver la foto de mi toma de hábito. La habrá puesto mi niña hace poco en la mesita de mama. Desde luego, la vida tiene mandanga. ¿Quién me iba a decir que acabaría de monja?

Ya ves tú, de chica me podía haber quedao en el sitio. Ese día fuimos a la Viñuela con la fresquita pa no pillar el calorín del mediodía. Todavía huelo la tierra mojá. Yo sola cogía más papas que mis dos hermanas juntas. ¡Dónde va a parar! De repente, noté un picotazo en el tobillo y pegué un chillío.

—Vicenta —me dijo mi papa—, te acaba de picar un alacrán.

Después de hacerme un torniquete, me cargó a cuestras y tiró de mí que se las pelaba en busca del médico zarandeándome como si fuera un saco de papas, y sentí un escalofrío que sería el veneno que me estaba comiendo por dentro, más agrio por segundos.

La verdad es que siempre he sío la más guapa de mi casa y me salían novios a porrillo, pero a mí me daban asco porque eran mu babosos. ¡Ay! Mi trenza es que quitaba el sentío, tan rubia y tan larga, y mis pelos parecían hebras de trigo como el de la cosecha de mi papa. Algunas noches deshacía la trenza y me tiraba las horas muertas mirando el espejo. ¡Qué bonico era mi pelo! Lo lavaba con champú del bueno y le rociaba manzanilla y, antes de dormir, lo cepillaba como si no

hubiera mañana. Cuando acababa, estaban tos dormíos como lirones y me tumbaba en la cama con los ojos como platos hasta que me quedaba frita acariciando mi melena.

Lo mejor eran las fiestas de Candiles. Sacaba yo del armario mi vestío corto de encaje blanco y, ¡hala!, iba monísima. Me echaba unas goticas de colonia en el cuello y el escote y ¡a comerme la plaza! Los mozos del pueblo se me pegaban como moscas.

—¡Vicenta, qué guapa!

—¡Vicenta, qué bien hueles!

—¡Vicenta, me tienes enamoraíco!

Pero eran tos unos magantos de mucho cuidao y yo les daba pasaporte de momento. Hasta me pretendió el Luis de la Ratona, y eso que tenía novia. ¡Vaya pencorro malo! No entiendo por qué levantaba esas pasiones, supongo que por mi trenza o mi tipito. ¡Vete tú a saber!

—Vicenta, no te arrimes al Pepe Luis que ya verás como se entere la Jacinta.

Me decía la Mercedicas, pero yo ni caso y me lanzaba a los brazos del Pepe Luis o del que fuera con tal de bailar, porque solo quería parar el tiempo y darle una patá a aquella España de miseria.

De repente, aparté al maromo y me apoyé en un muro desconchao lejos del jaleo y me acordé de aquel muchacho terciado en la burra, que apareció en mitad de la verbena. Los gritos de la gente se tragaron la música del acordeón y la plaza se quedó en silencio. El joven, que sangraba a borbotones por el costao, se desplomó en el suelo.

—¡Es el niño de la Brígida! —gritó una vecina— Eso ha sío la Guardia Civil —le dijo a mi mama susurrando mientras yo

me agarraba a su falda—, porque dicen que era rojo y tenía unos líos mu raros con los de la sierra.

El entierro fue al día siguiente. La iglesia estaba de bote en bote y mi mama y yo nos sentamos al final porque los primeros bancos estaban reservaos pa los señoricos.

—¡Qué farsos son esa gente! —le dijo la Mari a mi mama mirándolos con asco— San compinchao con los civiles que mataron al chiquillo y míralos, tan panchos en primera fila. ¡Mal rayo los parta!

Dicen las malas lenguas que, al terminar la misa, los civiles hartaron de palos a los señoricos, o eso dijo el Lunarico, que era un muerto de hambre y un lameculos.

—Hoy a los señoricos del pueblo nos han pegao —dijo mu serio con su chaqueta cochambrosa.

El pueblo se rio de él y yo nunca olvidé al joven de la burra.

Desde los quince años me ganaba el jornal en la casa de los Pinticas. La verdad es que me hinchaba de limpiar y preparaba comía pa toa la familia: puchero, lentejas, papas a lo pobre, guisao de yerbas, sopas de pimiento y tomate, tortillas de collejas... Aunque siempre he sío una buena cocinera, doña Angustias le ponía faltas a mis guisos, pero es que la mujer era mu melindrosa, que to hay que decirlo. Tú fíjate, los niños tol día regalándome el oído y ella ni mu, pero bien que se metía los platos doblaos, que ya tiene perejiles. Pa más inri, le pagaba a mi mama en especie y las dos tan contentas, pero a mí me llevaban los demonios porque yo quería dinero constante y sonante.

Un día la Adela me dijo de ir con ella a Graná al colegio de las Salesianas. No estaba yo mu convencía porque no salía nunca del pueblo, pero me picaba el gusanillo. Recuerdo el

patio de la entrá con la fuente de cemento, los peces de colores y unas pilistras enormes. Mientras la Adela subió al torreón, yo me senté en un banco rodeá de yedras viendo a una monja que jugaba a la rueda con las niñas.

El mundo dejó de girar.

La carta del cura, la solicitud, el permiso de mi papa y adiós a los Pinticas.

Después de tanta penuria, los muros del convento olían a libertad: charlas, risas, comida, rezos, sueños. Es cierto que al principio noté un tufillo rancio, pero el colegio me salvó de la cárcel del pueblo. Yo liaba a las hermanas y nos saltábamos las reglas: unos cartones de leche pa la vecina de la Nati, que tenía ocho criaturas y a nosotras nos salía por las orejas, una cena pa los pobres que andurreaban por la zona o unos chupitos de aguardiente pa alegrarnos el corazón. Bueno, lo de los chupitos era un homenaje, pa qué decir otra cosa, pero también teníamos derecho a divertirnos, digo yo. El licor se guardaba a buen recaudo en la cómoda de sor Virtudes. Una vez preparamos una cena pal conserje porque la Superiora lo había despedió de mala manera y esa noche cayó una copita de coñac y hasta unas sevillanas.

Con el tiempo, el colegio de Graná se me quedó chico. Yo tenía la espinita de no haber estudiao y sabía que, si quería hacer una carrera, tenía que irme a Sevilla, pero no era fácil porque hacía falta el visto bueno de la inspectora, que era una siesa de mucho cuidao. Una vez vino a vernos y no se le acercó ni Cristo. Parecía una famosa de la tele, pero con cara de malas pulgas y un olor a ajo que echaba p'atrás. El último día por fin me armé de valor y, como se iba temprano, me planté a las cinco de la mañana a pie de escalera esperando a que

saliera del dormitorio. Sobre las seis escuché el chirrío de la puerta y una mole aterrizó en el rellano. El corazón me dio un vuelco. Alcé la cabeza y fui hacia ella con la garganta seca y manos sudorosas.

—Buenos días, sor Cándida —le dije con voz carrasposa—. Sé que no podemos hablar hasta después de misa, pero tengo que decirle algo importante.

La saliva me supo a sal.

—Querida, ahora mismo —respondió con tono amable tras unos segundos que me parecieron dos edades de piedra.

Me invitó a entrar al locutorio y cerró la puerta sin hacer el más mínimo ruido.

—Siéntate, querida, y tómate todo el tiempo del mundo.

—Mire usted, señora —le dije poniéndome finolis—, llevo tiempo aquí y sé que desempeño una labor importante en esta comunidad de hermanas.

Sor Cándida no parpadeaba y escuchaba atentamente.

—Sin embargo, creo que ha llegado el momento de volar más alto. Aunque apenas sé leer y escribir, mi verdadera vocación es ser educadora. Yo la tengo a usted en alta estima y sé que sabrá aconsejarme lo que más me conviene.

Paré un momento y la miré a los ojos

—Espero no haberla importunado.

Un nuevo silencio me arrastró hacia ella.

—Eres una joven lista y atrevida, Vicenta, y eso me gusta. No hay ningún problema, querida, vente a Sevilla. Allí recibirás la educación que necesitas, que estoy segura absorberás como una bayeta. Vienes y pruebas y, si no te gusta, te vuelves y santas pascuas. Dejaré por escrito mi visto bueno y te esperamos allí con los brazos abiertos.

Mi papa no se lo tomó mu bien que digamos.

—Cuando pongan a esta a barrer escaleras, las manda a toas a tomar por culo y se viene pa Graná. Con el genio que tiene...

El pobre no paraba de hacerle fiestas a mi trenza porque era su amuleto en la cosecha de trigo. El día que la Paqui vino a cortármela, mi papa se sintió como Abrahán. Estaba yo sentá en el taburete con un hule amarillento en el cuello y me había apañado la trenza pa que quedara esplendorosa en el recuerdo. La Paqui acercó las tijeras y le tembló el pulso. ¡Zas! El eco de la habitación redobló el corte con mala leche y la trenza cayó sin vida en su mano. Mi papa se la quitó de un plumazo y la guardó como reliquia en la cómoda del dormitorio. Estaban tos mu tristes, pero pa mí fue un día feliz. Es verdad que renuncié a mi trenza, sí, pero con mis triquiñuelas hice siempre lo que me dio la gana en el convento.

En Sevilla dispusieron que mi aspirantao durara dos años en vez de uno por mi pobre educación. Al año toas menos yo echaron la solicitud y sor Eusebia insistió en que hiciera lo que las demás.

—No tienes na que perder, chiquilla —me aconsejó con su vocecilla de pito—. Si te dicen que no, te sigues preparando y punto.

No estaba yo mu segura, pero mandé la solicitud y la inspectora me llamó a su despacho.

—Toma asiento, querida. Lee aquí y dime: ¿de qué habla Santa Teresa?

Yo me daba tripoterías de leer y sor Basilia nos mandaba resúmenes pa que no fuéramos papagayas. Aunque *Camino de perfección* no estaba mal, prefería *El libro de la vida*, más

fresco y espontáneo como de aquí a Lima. Recuerdo una de las frases que me hizo leer sor Cándida: «El verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare el Señor» y me dije: ¿Soy humilde? ¿Voy siguiendo el camino? ¿Estoy contenta?

—Vicenta, ¿te has enterado de lo que has leído? —me preguntó la inspectora con tonillo de incredulidad.

—Por supuesto, madre Cándida. No solo me he enterado perfectamente, sino que la lectura me ha provocado una profunda reflexión.

Sin pestañear, resumí el fragmento con pelos y señales y compartí mis divagaciones, que dejaron a la monja boquiabierta.

—A mí me dan la esclavina, ¡vamos que si me la dan! —me dije con brío. ¡Y vaya si me la dieron!

La foto de la mesita es de ese día. Me acompañan mis padres y mis hermanas y sonríó con unos dientes blancos como la nieve. Mi vestío de novicia era bonito y entallao. Las otras monjas parecían cuadros de Botero y sus trajes eran más feos que pegarle a un padre, pero el mío lo peleé con sor Tadea: mangas abombás, un lazo marcando cintura y, eso sí, la caía hasta el suelo. Haciendo el paseíllo me sentí como una actriz y disfruté de mi momento de gloria al lao de mi papa. Siempre me han dao pena las bodas de mis amigas porque renunciaron a sus sueños: la Loli quería ser bailarina, la Fátima diseñadora, la Angustias enfermera, la Patro cantante de flamenco, pero toas acabaron con una caterva de niños y limpiando mierda. Yo me casé con Cristo, pero a mí mi marío no me atosiga.

Mi familia se fue y me encerré en la celda, chiquita y sombría. Descubrí que el hábito no hace a la monja. Me reí yo sola ante el espejo y mi mama me dio la mano al otro lado.

III

La abuela respira con dificultad y un leve ronquido delata su sueño. Matilde cierra los ojos y el gruñido la va llenando por dentro como un tarro a punto de estallar en mil añicos. Tararea una canción para escapar de ese ruido pegajoso hasta que un sonido familiar viene a rescatarla.

Chic chuc chic chuc chic chuc

Sus labios dibujan una sonrisa de lana y acaricia los telares como si fueran animalillos de colores. ¡Ay, cómo los echa de menos! Desde que Arturo los vendió, la casa se quedó muda.

Chic chuc chic chuc chic chuc

Los telares dan paso al ruido embrutecido de una sierra. Cuando era pequeña ayudaba en la carpintería. En aquella ocasión las maderas eran blancas, blancas como la luna. Matilde sostenía la sierra de un lado mientras su papa cortaba las tablas pequeñitas, tal vez para una casa de muñecas. Cuando alzó la mirada, vio lágrimas en los ojos de su padre. En esa casa los niños estaban malditos y, aunque él nunca lo admitió, siempre quiso un varón que continuara la estirpe y trabajara en la carpintería, pero tuvo que conformarse con ellas y, cuando la vida por fin trajo al niño, lo hizo en forma de gemelos, que se apagaron como velas recién encendidas. El padre se limpió las lágrimas con puños sucios y ajados y, sin

mirar a su hija, siguió cortando madera hasta terminar todas las piezas.

—Matilde, tus hermanos ya tienen cuna.

La niña no entendía lo que pasaba y subió volando las escaleras. Atrás quedaba un hombre sentado en el suelo acariciando dos cajitas de luna. Matilde corrió a la habitación como si supiera que debía encerrarse allí con sus hermanas y los rezos de las viejas traspasaron los muros como abejas desorientadas.

Unos años más tarde rozó la muerte con la yema de los dedos. Las hermanas fueron con su madre a plantar pinos al Barranco del Diablo. Era tarde de Reyes y hacía un frío polar. El cielo parecía un estuco gris a punto de romperse en mil cubitos y la oscuridad comenzó a tragarse el barranco al ritmo de la nieve, que Matilde recibió ensimismada.

Olé, olé, Holanda y olé, Holanda ya se ve.

Levantó la vista al cielo y se dejó envolver por los copos, más densos y más seguidos. Tiritando como un perrillo, miró a su alrededor y vio que estaba sola. Aunque intentó subir la pendiente del barranco, resbaló una y otra vez. El blanco inmaculado había devorado el paisaje y el miedo empezó a pegarle bocados. Gritó angustiada, pero el eco redoblaba su desesperación y se tiró al suelo para evitar que el diablo la atrapara. De repente, se acercó una sombra corpulenta.

—Matilde, agárrate al cinturón y no te sueltes.

Entre sollozos y escalofríos, la niña sacó fuerzas de flaqueza y se agarró al hombre de nieve, que tiró de ella hasta sacarla de aquel campo de algodón. Cuando volvió a casa, disfrutó como

nunca de su tradicional regalo de Reyes: la naranja y el mantecado en las zapatillas desgastadas.

El día de su boda la nieve volvió a hacerle una visita. Domingo, diez de enero del sesenta y cinco. Diez de la mañana. Candiles parecía una postal, un inmenso lago helado teñido de blanco, una alfombra interminable a juego con su vestido. Hasta el fraile de piedra que perfilaba el pueblo lucía traje blanco de padrino. Los niños entraron en la casa de Matilde anunciando a gritos la llegada de su Arturo. Reme sugirió que esperara dentro al novio, pero Matilde se tiró a la calle buscando ansiosa a su prometido, que le lanzó una risilla picarona. Sobre su melena negra reposaba una diadema de nácar y de flores que parecían pajarillos alzando el vuelo entre el sol y la nieve. El velo caía como un surtidor de perlas cubriendo el vestido sobrio y los guantes de terciopelo. Sobre el pecho llevaba una medalla de la Virgen y en su mano un ramito de nardos blancos que desprendían un perfume embriagador. El tren del vestido le pareció eterno y se montó en él para emprender el viaje de su vida.

Arturo la cogió del brazo y juntos caminaron hacia la iglesia mientras los jóvenes del pueblo abrían paso entre la nieve. La verdad es que la boda empezó con mal pie porque, mientras estaban en misa, unos ladrones robaron el convite: las galletas de mama, los bocadillos de chorizo y jamón serrano, el vino de papa, el aguardiente, las almendras y las pastas, todo robado de un plumazo. Cuando Arturo cruzó la puerta del salón con la novia en brazos, estuvo a punto de tirarla al ver el estropicio. Menos mal que la cuñada de Matilde salió al quite con mucha gracia.

—Aquí no ha pasao na porque tengo un choto preparao pa chuparse los deos. ¡El mejor del mundo!